

Viejo orden y revolución en Polonia*

Alexander Smolar Economista polaco. Vive actualmente exiliado en París.

Como todo gran movimiento social, éste que sacude a Polonia no puede entenderse en una sola dimensión ni resumirse en una sola fórmula. Podemos ver en él una revolución, la primera revolución verdaderamente obrera en la historia, o un movimiento de reforma pacífica; podemos subrayar su alcance moral o religioso; podemos insistir sobre su carácter de clase, o bien en el hecho de que representa una emancipación de la sociedad en su conjunto; podemos definirlo como confrontación entre los obreros y el Estado empleador, o como una nueva Targovitsa, conspiración de los magnates polacos, inspirada por Carolina II, quien recurrió a la ayuda de los ejércitos rusos dando ocasión al segundo reparto de Polonia.

Las observaciones que siguen no aspiran a dar cuenta de la totalidad del hecho en la medida que se ubican en un solo plano: el de las revelaciones entre el partido-Estado y la sociedad polaca a lo largo de los últimos 25 años. Ellas tienden a definir los contornos de un nuevo sistema político, de un sistema que pueda responder tanto a las exigencias de la sociedad como también a las de los grupos dirigentes y de Moscú.

Más que satisfacer las aspiraciones de uno o del conjunto de ellos, se trata de evitar que brote el descontento, que la revolución polaca - que hasta ahora se contiene a sí misma - se transforme en una verdadera revolución, y que las provocaciones cotidianas, las tensiones y presiones externas, las demostraciones de fuerzas, no lleven a un uso masivo de la fuerza, lo cual traería consecuencias trágicas para la población polaca.

Me parece que los sucesos de los meses pasados, y los cambios a los cuales asistimos son el resultado y la continuación de proceso de desovietización iniciado en 1956, que ha continuado a través de aceleraciones y reflujos. El verano de 1980 puso de manifiesto la creciente contradicción entre la lógica del sistema soviético impuesto a Polonia después de la guerra y las posibilidades reales del poder, limitado cada vez más por la presión social.

Digresión: democratización y liberación

Las nociones de democratización y liberación juegan un papel esencial en toda descripción de los cambios políticos ocurridos en los países con regímenes autoritarios o totalitarios. Ellas designan procesos generalmente considerados positivos.

* Trabajo presentado en el Simposium Internacional "Del Socialismo Existente al Nuevo Socialismo" - organizado por el Movimiento al Socialismo (MAS de Venezuela) - que se efectuó en Caracas entre el 27 y 31 de mayo de 1981.

Sin embargo, su significado es bastante impreciso: algunos cambios políticos son considerados unas veces como signos de liberación, otras veces como ejemplo de la democratización.

Las razones del malentendido son numerosas. Algunas se deben a la complejidad de las relaciones entre la tradición democrática y la tradición liberal.

Esas tradiciones, al principio muy diferentes y hasta radicalmente opuestas (Chateaubriand es un monarquista liberal, los jacobinos son demócratas), se han venido acercando e incluso se reunieron en el ideal de un Estado democrático moderno. Hoy en día, la noción de democracia domina el escenario social, y ha hecho retroceder el liberalismo, el cual, en cambio, impregna la visión occidental moderna de democracia.

Es la razón por la cual nos parece que Friedrich Hayek, incondicional del liberalismo, exagera la diferencia entre esos dos conceptos, cuando opone la democracia a la autocracia y el liberalismo al totalitarismo. Las democracias modernas son enteramente antitotalitarias y fundamentalmente hostiles a la autocrítica. Es difícil imaginar un orden democrático que no se fundamente en la garantía de la autonomía individual, la igualdad de las leyes y la división del poder. Por otra parte, podemos imaginar un orden liberal dentro de un régimen autocrático (a menos que se reduzca el liberalismo a su dimensión económica, lo cual permitiría considerar a Pinochet un autócrata liberal).

Igualmente, cuando Hayek opone el totalitarismo al liberalismo, nos da la impresión de que está pensando más en el "despotismo democrático" de Tocqueville que en un totalitarismo verdadero, el cual es tan antiliberal como antidemocrático, pensamos, por ejemplo, en el estalinismo.

Aunque resulta difícil separar estas dos tradiciones - la liberal y la democrática - los valores que evocan y la preocupación que expresan son distintas. Según Ortega y Gasset, la democracia y el liberalismo son dos respuestas a dos problemas diferentes: la democracia expresa que todos los ciudadanos deben tener el poder, bien sea directa o indirectamente, por medio de una delegación; el liberalismo, por su parte, no dice quién debe tener el poder, sino cómo debe ser ejercido, puesto que interesa los límites de poder del Estado, tanto democrático como autoritario. En este caso se trata menos del mecanismo de la toma de decisión en el sector público que los límites de este sector en el interés del individuo y de la sociedad. Hoy, en Occidente, se observa la progresión de las ideas y de los políticos liberal-conservadores. El presidente Reagan, M. Thatcher, Milton Friedman o Irving Kristel son defensores de un programa liberal con imitación al papel del Estado. Por otra parte, la izquierda tradicional se interesa más por la democratización que por la liberación: cree que una nacionalización parcial de la economía ayudaría a resolver numerosos problemas sociales. Desde 1968, una parte de la izquierda, llena de ideas pero marginal, se está esforzando por sintetizar las tradiciones democráticas y liberales dentro de la autogestión.

Hacer una distinción entre tradiciones liberales y democráticas parece especialmente útil para describir la evolución política de países que el destino alejó del liberalismo y la democracia. Los cambios que ocurren en estos países se sitúan sobre dos ejes diferentes: el de la democracia y el del liberalismo; pero los progresos y las regresiones sobre uno de los ejes no van necesariamente acompañados por una evolución en el mismo sentido sobre otro eje.

Antes de terminar esta digresión, otra observación. Por liberalización se entiende habitualmente una autolimitación del poder (por ejemplo en Brasil en estos últimos años). Por democratización se entiende generalmente un proceso cuya iniciativa proviene de las autoridades. Esa manera de razonar limita el significado de esas dos nociones. Yo creo que podemos hablar de liberalización cada vez que el poder del Estado reduce su dominio sobre el individuo y la sociedad; cada vez que el individuo adquiere mayores libertades o un grupo social logra expresarse o defender sus intereses independientemente y fuera del Estado que se manifiesta fenómeno de liberalización y una vez que el poder toma la iniciativa o cuando es obligado a ello por presiones sociales. La liberalización puede ocurrir tanto en el campo estrictamente político como en la vida social, económica y cultural.

Igualmente, hay democratización - independientemente de la voluntad de las autoridades - cada vez que aumenta el número de aquellos que tienen el derecho y la posibilidad de decidir o influir sobre las decisiones que se toman en los asuntos de la sociedad.

Polonia ayer. La desovietización por medio de la liberalización

La primera tentativa polaca de desovietización estuvo a punto de terminar tan trágicamente como en Hungría y Checoslovaquia.

Polonia en 1956 se asemejaba a la revuelta húngara; la sociedad polaca tenía la misma actitud en relación con el régimen y la Unión Soviética. En junio, hubo que enviar tanques contra los obreros de Poznan (como unos meses más tarde contra los obreros de Budapest).

Tanto en Polonia como en Hungría, aunque en un grado menor, los órganos de control (censura y policía) se descompusieron. El PC se convirtió, en gran medida, en una apariencia. La población cuestionaba la independencia con relación a la Unión Soviética.

Varios factores contribuyeron a que el Octubre polaco no tuviera un desenlace trágico: los recuerdos de la guerra y la insurrección de Varsovia, de la cual los polacos habían retenido una muy dura lección de realismo, llevaron a buscar lo posible y a renunciar a lo deseable.

Fue importante también, como en la primavera de Praga, la apertura (mucho más grande que en Hungría) de miembros de la dirección del partido que trataban de hacer el régimen un poco más humano. En este sentido actuaban tanto las convicciones ideológicas de la primera generación de comunistas como ese deseo por enraizarse en la sociedad.

La presión de la sociedad para crear condiciones de vida más humanas para aumentar la seguridad y eliminar los símbolos humillantes de una falta de soberanía del Estado y de la nación, convergía con el deseo de una democratización limitada por parte de las autoridades. Gracias a esto, algunos cambios institucionales y personales fueron hechos a tiempo y la tensión fue eliminada.

Algunos de estos cambios correspondían a lo que tuvo lugar en el campo soviético: renuncia a una política de represión masiva, restablecimiento de la legalidad. Otras transformaciones fueron impuestas por la sociedad o decididas por el poder con el fin de obtener apoyo social. Se permitió la descolectivización de la agricultura; se detuvo la persecución contra la iglesia, de la cual se admitieron los derechos y su rol. Se aceptaron los consejos de obreros, y una creciente autonomía en las empresas. Se procedió a elecciones con un número de candidatos mayor al número de cargos; se concedió autonomía a las universidades y se admitieron varias organizaciones de jóvenes. Se abolió esa especie de esclavitud obrera que era el decreto sobre la disciplina del trabajo. Se garantizó al Estado un margen más grande de autonomía con relación a la URSS. El movimiento reformista en el PC y la presión de la sociedad hicieron que algunas de esas concesiones permanecieran, aunque no todas.

Cuando se hace el balance del Octubre polaco, se ve que la mayoría de las concesiones que limitaban el campo del poder han sido preservadas; sin embargo, casi todas las promesas de cambiar el funcionamiento en los sectores económico, social y político **stricto sensu** no fueron cumplidas. Dicho de otra manera: se logró hacer el sistema más liberal sin democratizarlo.

Las autoridades admitieron límites a su poder: se reconoció la existencia de la Iglesia y de la propiedad campesina; se suprimió el control directo de la creación intelectual y artística; las universidades y las asociaciones de escritores y artistas adquirieron una gran autonomía. Una "desideologización" considerable de la sociedad aumentó la autonomía del individuo; éste no corría más, como en otros países comunistas, el peligro del "lavado de cerebro". El partido y la policía dejaron de intervenir continuamente en la vida cotidiana de la población. Al principio de los años sesenta, un observador occidental escribió que el poder comunista en Polonia había aprendido a autolimitarse con el fin de subsistir.

La limitación y la liberalización del poder no cambiaron los mecanismos de su funcionamiento. El pluralismo que en Octubre de 1956 se anunciaba en el seno del PC, no fue más que una debilidad pasajera. Unos meses más tarde se observaba ya una tendencia a "unificar posiciones", a eliminar a los "dogmáticos" y sobre

todo a los "revisionistas", aquellos miembros del PC, que postulaban reformas de su partido y del Estado. Se procede igualmente a la liquidación de la diversidad, del "micropluralismo" fuera del Partido. Se amonesta a las formaciones "aliadas", las organizaciones de juventud son sometidas a un control más estricto. El estrechamiento del control de la prensa (su punto culminante es el cierre del semanario **Po prostu** en 1957) debilita las posibilidades de control y de presión de la sociedad sobre el Estado, se abandonan rápidamente los proyectos de democratización de la economía.

Los consejos de obreros en tanto órganos de autogestión, son poco a poco amorzados.

¿Por qué fue el destino menos favorable a la democratización que a la liberación? Las razones son numerosas. El hecho de que en Polonia el comunismo no se implantara sobre un terreno tan favorable como en Checoslovaquia frenó la voluntad de las fuerzas más radicales del partido de otorgar derechos cívicos a toda la sociedad: tal experiencia habría traído consigo demasiados riesgos. La popularidad de Gomulka era sólo un fenómeno pasajero, suscitado por un sentimiento común de peligro nacional. Además el aspecto nacional del movimiento es otra causa de la debilidad de las presiones en favor de la democratización. La sociedad estaba especialmente sensibilizada a: 1) la eliminación de los aspectos terroristas del régimen y la limitación del carácter arbitrario del poder 2) la disminución de la dependencia de Polonia con respecto a la URSS. El progreso de la liberalización, y luego un aumento sensible de la autonomía de Polonia dentro del bloque comunista, satisfacían a la sociedad y hacía a Gomulka, símbolo de este cambio, un héroe nacional. La población no estaba muy consciente del peligro que ocultaban los mecanismos del poder. A menudo, la confianza acordada a ciertas personas hacía pasar por alto la importancia de las garantías institucionales.

Sin embargo, yo creo que el fiasco de la democratización después de Octubre 56, dedicada más a limitar el campo del poder que a cambiar su mecanismo, fue provocado sobre todo por la actitud de la URSS. Para los dirigentes soviéticos, la liberalización no tiene carácter dramático y no constituye ninguna amenaza profunda para el régimen. Para hablar en un lenguaje familiar se puede designar a la liberalización como "un paso atrás" que será seguido por "dos pasos adelante": la Unión Soviética vivió en el pasado (sobre todo la NEP y el inicio de Jruschov) un período de liberalización.

Mientras que el partido leninista no esté amenazado y conserve el monopolio de la violencia física (ejército, policía), económica (trabajo, salario) y psíquica (censura, adoctrinamiento) todas las limitaciones del campo del poder pueden ser tratadas como un fenómeno pasajero: un retroceso planificado, necesario para reagrupar el ejército, antes de un nuevo ataque para Moscú sólo es inaceptable la puesta en peligro del Partido, de su organización militar y de su posición en el conjunto del sistema político.

La historia le dedica poco espacio al desarrollo de Polonia después de 1956. Con relación a los años 70, los años 60 figuran como una pequeña estabilización entre dos tempestades.

Poco a poco crece la represión. Se condena a la gente por sus ideas o porque tienen ciertos libros en su poder. No hubo muchos procesos, pero éstos cambiaron la atmósfera del país: el miedo ha regresado, avivado de nuevo por la sensación de omnipresencia de la policía.

El poder no renuncia a sus proyectos de someter a los campesinos a un control directo. Las autoridades, con el fin de evitar una resistencia masiva, buscan los medios de una colectivización progresiva e indirecta de la agricultura. Se organizan discusiones estratégicas: cómo "socializar" a través de la creación de círculos agrícolas de cooperativas de producción. Mediante el crecimiento de las granjas del Estado se somete a los campesinos a un sistema de trabajo dirigido, cuyo principal organizador y beneficiario sería el Estado.

No todas estas discusiones finalizan en una restricción verdadera de la libertad de los campesinos, pero en cambio suscitan su desconfianza y contribuyen (con la política de precios y de inversiones) al estancamiento de la producción agrícola.

Hacia el final de los años 50 se inicia de nuevo la guerra contra la Iglesia. Las autoridades le quitan algunas concesiones otorgadas en el momento de su debilidad en 1956, persiguen a los creyentes y a los sacerdotes, se prohíbe la construcción de iglesias. Se intenta limitar el papel de la Iglesia a funciones puramente religiosas.

En 1966, como consecuencia de la carta de los obispos polacos a los obispos alemanes acerca de la reconciliación germanopolaca, la lucha contra la Iglesia entra en su apogeo. Sin embargo el papel y la influencia de la Iglesia no disminuyeron, al contrario.

Es en el campo de la libertad de expresión y de creación donde se produce mayor represión. La censura se agrava: la prensa, las organizaciones de artistas y escritores, los institutos científicos, sufren un control cada vez más estricto. Marzo 1958 constituye el auge de esa represión con la depuración masiva de los medios intelectuales, la liquidación de la autonomía de las universidades, la exclusión del espacio público de los científicos y artistas eminentes, por primera vez desde la época estaliniana, una ola de procesos organizados a base de acusaciones ficticias se desencadena en todo el país.

Desde luego, sobre el eje "democratización", los años 60 no aportaron nada positivo. En diciembre de 1970, después de la expulsión de Gomulka, se nos revela que no había ni **demos-kratii**, ni **parto-kratii**, ni siquiera una junta (política)-kratii: los miembros del buró político se quejaban de que el poder estaba detentado sólo por Gomulka y sus comparsas.

Desde diciembre de 1970, aparentemente pocas cosas han cambiado. El grupo dirigente ha sufrido algunas mutaciones. Hombres de mediana edad se integraron a él, formados por el stalinismo en el ZMP¹. Estos hombres conocían únicamente el aparato del partido y la manera de elevarse progresivamente en la jerarquía. Tomaron el poder persuadidos de que "tendrás lo que ganarás", o tal vez llegaron a esa conclusión después de haber perdido sus ilusiones en 1956.

En diciembre de 1970, las autoridades prometieron a la población aclarar la manzana de obreros en la costa del Báltico (un informe sobre este asunto no se publicó nunca y de nuevo se prometió una reforma de la economía (ese proyecto conoció el mismo destino de los precedentes). Al principio, las autoridades dieron algunas muestras de buena voluntad con relación a la *intelligentsia*. El rasgo más visible de la nueva política fue una estrategia de desarrollo, cuyo precio lo está pagando hoy la sociedad.

A pesar de estos sentimientos, las transformaciones ocurridas en el inicio de este decenio son considerables. Durante los años 70, el miedo, en tanto que fenómeno social, desaparece progresivamente. Varios factores contribuyen a ello. Los recuerdos de la guerra y del estalinismo se esfuman. La Iglesia logra vencer el sentimiento de aislamiento de los polacos. Dos grandes momentos de ese proceso - la elección como Papa de Karol Wojtila y su visita a Polonia y la oposición democrática, manifestando con su acción la fuerza del coraje y de la solidaridad - contribuyen considerablemente a vencer el miedo.

El cambio principal en este decenio atañe al papel de la clase obrera. Desde diciembre de 1970, su sombra acompaña todas las decisiones importantes, tomadas por las autoridades en el sector socioeconómico. Los obreros ganaron un derecho de veto tácito. Mucho antes de crear sindicatos independientes podían obligar al poder a hacer concesiones: la huelgas se multiplican; su alcance y su duración están limitados, en particular porque las autoridades, ayudadas por la experiencia, capitulan inmediatamente ante las reivindicaciones, para impedir que el movimiento de protesta se extienda. En junio de 1976, ante el fracaso de un nuevo intento por aumentar los precios el gobierno tuvo que ceder enseguida. Esto confirma que los obreros no quieren renunciar a su privilegio de veto tácito.

Este fenómeno significa una limitación importante del poder comunista en Polonia, es decir, su liberalización forzada. Antes, el poder tenía que, hasta cierto punto, tomar en cuenta los intereses de los campesinos; de ahora en adelante, los intereses de los obreros constituyen una barrera insuperable, bajo amenaza de explosión.

Los años 70 están marcados por la liberalización en una nueva esfera; el carácter represivo del régimen disminuye. Numerosas actividades sujetas a persecuciones en los años anteriores, ya no lo están o lo están menos. Recordemos en el pasado,

¹ Unión de las Juventudes Comunistas desde 1948 a 1956.

aún antes de marzo de 1968, se condenaba a la gente por tener libros editados por los emigrados, por haber comentado acerca del Pacto Ribbentrop-Molotov, o por el contenido de una carta privada.

Fue la inculpación y la exclusión de dos estudiantes de la Universidad de Varsovia (acusados de haber pasado informaciones a periodistas extranjeros) lo que dio inicio a las manifestaciones de marzo 1968.

Hacia el final del "reino" de Gomulka, procesaron a personas acusadas de haber enviado a Occidente informaciones relativas a los acontecimientos de marzo e importado publicaciones prohibidas.

Los años 70 se inician con dos procesos pero éstos tienen un carácter muy diferente. El primero está dirigido contra los miembros de una organización ilegal que existe realmente (lo cual no significa que un tribunal independiente lo hubiera condenado), los acusados del segundo proceso son autores de un atentado terrorista. Después no hay más procesos políticos (aún si se incluye en esa categoría a las personas que Amnesty International llama los "presos de conciencia"). Lo más que se intenta es condenar a los opositores activos, inculpándolos por delitos de derecho común (Chojecki, Koziowski, Zadrozynski). La liberalización impuesta por lo obreros no era un regalo del poder, fue ganada y preservada gracias a repetidas huelgas y al peligro de que se extendieran.

La liberalización en otros sectores tuvo un carácter diferente: no era sólo el resultado de una presión social sino también de una escogencia política consciente del equipo Gierek, reflejada en gran parte por un cambio general de estrategia para con la sociedad.

Resumiendo, podemos caracterizar la política del poder, al final de los años 40 y al principio de los 50, como una guerra contra la nación. Tras el idílico período de Octubre 56, observamos, hasta el final de los años 60, una estrategia que combina confrontación e integración. El poder luchar contra aquellos que considera sus enemigos del momento: la Iglesia, los intelectuales y los judíos.

Al mismo tiempo, en el plano ideológico se refuerzan los factores de solidaridad nacional y política. Esa tendencia culmina en los años 70. Los "enemigos de clase" y la "lucha de clases" fueron olvidados, de ahora en adelante es el lema de "unidad nacional" el que domina: comunidad de intereses de todos los polacos.

Este cambio se debía al debilitamiento del régimen y también a su voluntad de matizarse con los colores nacionales. Esto explica en parte la actitud menos agresiva para con la Iglesia. Explica también, en mi opinión, una actitud relativamente más tolerante para con los disidentes y los inconformistas miembros de la oposición democrática. La selección de una estrategia nueva para con la sociedad necesita la búsqueda de métodos menos terroristas para administrar los conflictos políticos y sociales. La situación económica seguía debilitándose, las tensiones socia-

les cada vez mayores, especialmente después de junio de 1976, dictaban a las autoridades las mismas reglas de conducta. Consciente de estar sentado sobre un volcán, el poder no podía correr el riesgo de cuestionar el frágil equilibrio social por medio de una política de represión para con la intelligentsia. Su dependencia económica del Occidente contribuía también a hacer el poder más liberal. El partido no podía permitirse una conducta que había provocado el rechazo de los créditos occidentales, créditos cada vez más necesarios. En tales circunstancias, el poder difícilmente podía ignorar las disposiciones de "tercera cesta"; es así como observamos un fenómeno paradójico: por un lado se lleva a cabo el proceso de soviétización en las escuelas y las ediciones, los comités y las universidades. Marzo de 1968 dejó huellas duraderas en las instituciones oficiales, esterilización de la vida intelectual, prohibición de discutir y formular cualquier proposición, brote de adoctrinamiento. Al mismo tiempo, el coraje se ha vuelto "más barato". Desde luego, algunos pagan a veces muy caro por su rebeldía. Los miembros más activos de la oposición democrática han sido frecuentemente vigilados, las "depuraciones y los arrestos se multiplican, ciertas personas son combatidas. Bajo cualquier pretexto se despide a los opositores del régimen, se les echa de la universidad, se les niega sus publicaciones. No obstante, la oposición al régimen no implica más que una amenaza de encarcelamiento.

Esta oposición no provoca más que un sentimiento de aislamiento y la sensación que uno se ha equivocado en la vida. Que habrá de vivir al margen de la sociedad. Más allá existe "una vida oficial" cada vez más estéril, mientras se desarrolla una vida cultural, política y social cada vez más rica; un mundo aparece al margen de la Polonia oficial y ejerce un atractivo tan grande que la jerarquía de los valores que se proponen, su prestigio y sus obras, influyen sobre círculos cada vez más grandes.

Después de la publicación de los documentos de la censura, las autoridades se conducen como un timador que se acepta como tal, sorprendidas con las manos en la masa, no muestran ningún resentimiento, no protestan, soportan una nueva humillación, y a eso no sigue ni represión ni tentativa de aligerar una censura absurda, como si nada hubiera pasado.

Este inmovilismo del poder refuerza la oposición, pero también crea, en el medio oficial, el sentimiento de que no es posible continuar en esa atmósfera de decadencia y de descomposición de la sociedad.

En octubre de 1977 un empleado de la censura polaca que pasó a Suecia hizo llegar a KOR una voluminosa carpeta de documentos que contienen las instrucciones y los métodos de la censura polaca (CF. Esprit, febrero 1978).

Numerosas personas, que en razón de su calidad profesional o de sus creaciones, ocupan puestos altos en las instituciones oficiales, comienzan a participar de manera más o menos abierta en las actividades de la "Polonia paralela".

En lo sucesivo, bastantes personas entre las que forman parte de la Polonia oficial, manifiestan una actitud no conformista y hasta opositora, llegando incluso a subrayar sobre todo la importancia de los cambios en el seno del aparato de poder. Se trata de toda una gama de fenómenos, diferentes los unos a los otros. Sig-no del tiempo, Jam Szczepanski² y Janusz Zablocki³ publican ensayos políticos en una edición de emigración. Ambos experimentan el deseo, sin duda bajo la influencia de la oposición democrática, de explicar su opción política y su servilismo frente al poder. Sus publicaciones no provocan persecuciones contra sus autores, quienes continúan ejerciendo funciones importantes en la jerarquía oficial.

Las actitudes de Grabski y Olszonski, que criticaban en público la pésima gestión económica al mismo tiempo que al régimen político, son el síntoma de una "oposición interna" de cariz bien diferente. De otro tipo aún es la actividad de las encuestas y las tomas de posición del club "Experiencia y futuro" (DIP) que debe su fundación, entre otros, a los miembros del partido. Todos estos fenómenos testimonian el debilitamiento y la parálisis progresiva del poder.

Acabo de dar una imagen sumaria de las mutaciones sucedidas en Polonia en los años 70; llamé la atención del lector sobre los hechos relevantes de la limitación del poder, su liberalización no programada. Hay que recordar ciertos hechos que participan en una corriente contraria.

Es, sobre todo, en el dominio de la información donde resalta una regresión en relación a los años 60. La década de Gierk comienza con la interferencia de las emisiones de Radio Libre de Europa, la cual durante el período de consulta se podía escuchar libremente. El sometimiento más estrecho de la política de información a las necesidades corrientes del partido ha conducido a un "triumfalismo", a una propaganda de éxitos. La nostalgia de los métodos de los años 50, nostalgia de una generación que experimentan ciertos miembros del partido, se expresa en su tentativa de retomar los modelos de información, cuyo sólo objetivo era la propaganda. Es por ello que durante el período de Gierk se comenzó a hablar de "burocratización". La tentativa de arrancar a las organizaciones de la juventud el resto de su pluralismo es otra prueba de la voluntad de regresar 15 años atrás.

Los años 70 se ven igualmente marcados por el regreso a la tendencia a la colectivización de la agricultura. Se ha escogido la estrategia de la nacionalización, el aumento del número de fincas del Estado. Se aplican diversos medios de presión, como la obligación de venta de la tierra al Estado. La situación catastrófica sobre el mercado alimenticio es la consecuencia, entre otras, de la política de colectivización enquistada.

Los límites de la liberalización y la crisis del sistema

² Miembro del Consejo de Estado.

³ Jefe de un grupo católico que colabora con el poder.

El análisis de las transformaciones ocurridas en Polonia después de 1956 muestra un desarrollo desigual de la liberalización y de la democratización. Por un lado, se produce una liberalización seria del régimen polaco (al punto que no puede preguntarse si se trata aún de un sistema totalitario); por otro lado, los métodos oficiales de organización y de control de la vida pública permanecen sin cambios después del período estalinista.

La lenta progresión del proceso de liberalización forzada, así como su carácter limitado, eliminaba prácticamente - salvo en Octubre de 1956 - la amenaza de una intervención soviética. El Kremlin no podía entonces prever el desarrollo de los cambios en Polonia y el viraje que tendrían sus relaciones con ese país. El Kremlin tenía cada vez más la opción entre una tolerancia que le costaba relativamente poco - aceptar el veto obrero, el refuerzo de la Iglesia, la autoorganización de los grupos de intelectuales - y una intervención militar con consecuencias que podrían ser carga muy pesada.

En diciembre de 1970, mientras las autoridades de Varsovia estaban listas para recurrir a la violencia a fin de quebrar la revuelta, el Kremlin - deseoso sin duda de no dejarse arrastrar a un conflicto - aconsejó una "solución política" (la experiencia nos enseña que los soviéticos habían practicado entre ellos mismos los métodos menos liberales). Tenemos algunas razones para creer que Moscú había también aceptado los acuerdos de Gdahsk, Szczecin y Jastrzebie, prefiriendo un compromiso si no una autolimitación antes que una confrontación que habría tenido consecuencias imprevisibles. Ello no significa que Moscú apruebe el contenido y la aplicación de estos acuerdos.

Ello tampoco quiere decir que el proceso de liberalización, aún cuando sea gradual, si respeta el sistema oficial, la regla del juego soviético constriéndolo, puede continuar hasta el infinito. Los límites de la liberalización están marcados no sólo por el Kremlin y por aquellos que en Polonia están interesados en conservar el status quo. Ellos están determinadas por una oposición fundamental: resulta imposible restringir el campo del poder de un sistema de tipo soviético sin tocar los principios de su funcionamiento. El estrechamiento del campo de un poder fundado en la omnipotencia y omnipresencia lleva a la crisis del sistema entero. Desde 1956, la historia de Polonia parece, además, confirmar esta tesis. Los conflictos sociales, más profundos que en los demás países del bloque, y las convulsiones sociales repetidas, revelan una parálisis y una crisis cada vez mayores.

La política económica y la liberalización

A partir del verano pasado han aparecido en la prensa varios artículos que examinan la causa de la crisis actual. Anteriormente, la Universidad volante⁴ habría pu-

⁴ Especie de Universidad paralela creada por la oposición (N de T).

blicado en relación con esto un ensayo de Waldemar Kuczynski. Las descripciones y opiniones son convincentes o bastante semejantes. Se dice que las autoridades han impuesto a la economía una tasa de crecimiento demasiado elevada; se denuncia la estructura irracional de las inversiones y la ineficacia - por parte del poder - en el control de la política de inversiones par diferentes ramas; se insiste en la destrucción de la agricultura por efecto de una política dirigida contra la propiedad familiar se acusa al sistema de gestión tradicional de ser ineficaz e incapaz de asimilar la tecnología moderna importada de Occidente. Podemos **grosso modo**, dividir estas opiniones en dos categorías; para algunos, las razones de la crisis se encuentran sobre toda en una organización primitiva - e incluso arcaica de la economía; otros insisten en los errores de la política económica de los años 70.

Sin embargo, un análisis de este tipo deja sin responder un aspecto importante: ¿Por qué es solamente en Polonia - y esto ocurre ya por tercera vez - donde se debe hacer frente a una crisis económica aguda acompañada de un "sismo político"? Por supuesto, la crisis actual es más profunda que las anteriores y sus consecuencias políticas más impactantes. Es imposible entonces contentarse con culpar de ello a la incapacidad del sistema económico tradicional. Este sistema - salvo en Hungría - es el mismo en todos los países del bloque y en RDA sus resultados son más bien buenos. No podemos tampoco incriminar solamente los errores de la política económica. Un escritor de palacio decía recientemente: Bierut era despreciable, pero con buenos consejeros; Gomulka un hombre excepcional rodeado de pobres de espíritu; en cuanto a Gierek, su nivel era el mismo de Bierut⁵ y sus acólitos como los que rodeaban a Gomulka. Con sus matices y diferencias, cada uno de estos tres equipos ha conducido a Polonia al borde del abismo; es necesario, entonces, encontrar otras causas distintas a la mediocridad de los dirigentes.

Comencemos por una breve digresión a propósito de la lógica de la economía de tipo soviético. Paradójicamente el sistema de administración y planificación - que según los estereotipos comunes deberían comportar ciertas ventajas para los países poco desarrollados y facilitar su despegue supone a priori abundancia de recursos. Se trata por supuesto de una abundancia muy particular que no es más que un atributo del poder; las autoridades, para cumplir sus objetivos, pueden prácticamente hacer abstracción de los límites materiales y humanos; pueden, por ejemplo, aumentar de un día para otro, la tasa de crecimiento, incrementar enormemente los gastos militares, disminuir la provisión de carne a fin de exportar el suplemento, disminuir en el plan los gastos de salud y emprender al margen del plan y sin consultar a nadie - la construcción de la acería de Katowice.

Esta "abundancia", privilegio del poder, es evidentemente el reverso del desprecio, o por lo menos, de las posibilidades de poder despreciar las necesidades de la población. Si el poder no pudiera elevar las fases de inversión y mantener bajo el nivel de ingresos de la población, desde hace ya mucho tiempo que las economías

⁵ Principal líder comunista polaco de 1948 a 1956.

de tipo soviético estarían en estagnación. La abundancia de recursos de los cuales dispone el poder sirve pues al planificador para compensar una débil eficacia y un despilfarro estructural en la economía.

La abundancia es también necesaria para el funcionamiento del sistema en el cual, uno de los rasgos esenciales, es el de una elevada propensión a invertir. Todos los niveles de gestión, desde la empresa hasta el poder central, se caracterizan por una tendencia a maximizar los medios que permitan dar cumplimiento al plan; otros saben que las inversiones aumentan el potencial económico que ellos controlan, lo que les permite tener prestigio y procurar mayores medios para construir viviendas, hospitales y escuelas en las regiones que dirigen, asegurándose una posición más fuerte en el mercado del poder; otros quieren "alcanzar y superar"; otros están inspirados en los proyectos estratégicos de Moscú.

Un funcionamiento normal de la economía de tipo soviético exige la abundancia de tres factores principales de producción: el trabajo, el capital y la paciencia social. Sin embargo, ya desde finales de los años 50 - en todos los países del bloque soviético - aparecen, cada vez más nítidamente, límites a estos factores. La escasez - insuficiencia de recursos para satisfacer las necesidades - rasgo fundamental de la economía en las sociedades modernas, afecta también al planificador de la Europa Oriental. Haciéndose cada vez más escasos el trabajo y las materias primas, es siempre más difícil forzar a la sociedad a renunciar a sus necesidades que imponerle una paciencia humilde.

Es, sobre todo, en la Polonia de los años 70 cuando el poder deja de contar con la paciencia social. Diciembre del 70 y el movimiento que continúa durante meses han mostrado a las autoridades los límites de su campo de maniobras. Los dirigentes están plenamente conscientes de que los acontecimientos de diciembre podrían repetirse y que por consiguiente - para el mantenimiento del régimen - es necesario evitar esa eventualidad.

Muchos economistas polacos y occidentales ven en el crecimiento económico de los años 70 - crecimiento sostenido por créditos occidentales masivos - el resultado de una estrategia escogida conscientemente: una tentativa de transplantar el modo de desarrollo del Japón, Brasil o Corea del Sur. Sin embargo, considero estas tesis como una racionalización a posteriori que presenta como elección estratégica lo que fue un escape hacia la salida más fácil. Los créditos occidentales permitieron superar temporalmente la antinomia a la cual debía hacer frente el poder: por un lado, el deseo de las autoridades de cumplir con sus metas; por otro lado, las necesidades de tomar en cuenta las aspiraciones de la sociedad; pero no hacía más que aplazar las cosas. Ese problema tenía que reaparecer, agudizándose. Sin embargo, incluso en 1973-74 los signos de una nueva crisis - cada vez más próxima - no incitaron al poder a revisar las cosas.

La experiencia de la economía polaca de los años 70 muestra, creo yo, los límites de una liberalización que no se ha visto acompañada de cambios a nivel de las es-

estructuras económicas. El poder arbitrario fundado en la "abundancia" no puede operar en una situación en la cual la libertad de elegir se restringe mientras la escasez aumenta.

La política agrícola practicada en Polonia desde hace 25 años parece confirmar esta tesis. En 1952, la renuncia provisional a la colectivización no significaba, como acabo de señalar, el que las autoridades hubieran abandonado el proyecto de someter la agricultura a un control directo por parte del Estado. Se puede relatar la historia de esos años como una búsqueda de los medios para someter progresivamente a los campesinos, pero el poder tuvo que renunciar a estas tentativas, para evitar una crisis grave en la agricultura y el descontento subsiguiente de la población citadina. Sin embargo, el poder nunca admitió, de manera definitiva, la propiedad privada como base de la agricultura. El retroceso del Estado siempre ha tenido un carácter provisorio y táctico, a la espera de un momento más propicio para la "transformación socialista" de la agricultura.

No pudiendo nacionalizar la agricultura de inmediato, las autoridades tratan de nacionalizar su futuro dedicándose a entrabar el desarrollo de la granja familiar. Y esto a través de variados procedimientos: una política de precios que disminuye los ingresos campesinos, una política de inversión que impide el crecimiento de la propiedad campesina e incluso a veces su reproducción, limitaciones al derecho de sucesión, etc.

Paradoja a la liberalización forzada del sistema de tipo soviético: el poder incapaz por una parte de imponer en la agricultura el orden deseado e incapaz, por otra parte, de aceptar la realidad, no tenía otra opción que la de provocar la parálisis de ese sector. Otra paradoja: la agricultura húngara, colectivizada brutalmente después de la revolución de 1956 - al igual que en otros países del bloque - funciona bien hoy. Las autoridades húngaras después de haber extendido su control sobre toda la agricultura, no tenían ya razones - directas o indirectas - para hacerle la guerra. Por el contrario, dotando a la agricultura de medios de producción en abundancia, el poder húngaro permitía a los campesinos una cierta reprivatización no formal (por lo tanto reversible) de su trabajo y así, fijó precios agrícolas ventajosos para los campesinos, obteniendo un crecimiento considerable de la producción.

Se puede ejercer el poder por medio del terror o apoyándose en el consentimiento social. Un régimen no apto para aterrar a la sociedad pero incapaz también de obtener su apoyo está condenado a la crisis persistente y a la descomposición. La extensión considerable de la corrupción en los años 70 no hace más que apuntalar esta tesis.

Cleptocracia y liberalización

En los países comunistas después de la Revolución de Octubre, existe un vasto sistema de privilegios que permite a los grupos más elevados en la jerarquía del poder y las influencias escapar de las presiones que tienen su origen en reivindicaciones igualitarias.

En este "oasis del pueblo elegido" nunca se hace cola y abundan los productos de buena calidad. Los privilegios, aunque no gocen de la aprobación social (a menudo, además, son camuflados), son completamente legales; el poder, a todos los niveles, los ha creado conscientemente con el fin de satisfacer su propia clientela.

Más allá de estos privilegios legales, siempre ha existido en muy amplios vínculos dirigentes la disposición a aprovecharse del poder para obtener bienes materiales y ventajas sociales. Para la Polonia de los años 70 este fenómeno ha alcanzado tales dimensiones que podemos hablar del nacimiento de una **cleptocracia**.

Los acontecimientos que comenzaron el verano pasado podemos considerarlos como una prolongación de la liberalización: las concesiones arrancadas al partido, los convenios firmados y las leyes en preparación, los sindicatos libres y el derecho a la huelga, la promesa de restringir lo que compete a la censura, constituyen una nueva limitación radical al monopolio del poder. Pero, es sin embargo evidente que los cambios ocurridos recientemente en Polonia no son sólo una extensión de la liberalización, aun cuando los jefes de solidaridad y de otros movimientos sociales así lo sugieren cuando subrayan que no contemplan inmiscuirse en el terreno de lo político.

Primero, en un sistema comunista, cualquier institución pública independiente que se constituya no puede tener carácter político; todo lo más que se puede es designarla como una acción apolítica que limita el dominio político acaparado por el partido. De este modo las declaraciones de los líderes sindicales serían una promesa solemne de respetar el campo que les ha sido reservado bajo la condición de que sea reducido.

Sin embargo, incluso en ese sentido, no se puede hablar de un carácter apolítico, puramente sindical, de las reivindicaciones. Nos encontramos más allá de la lógica de la liberalización cuando los acuerdos de Gdansk garantizan a los obreros el derecho a gravitar sobre las decisiones que tienen que ver con toda la economía nacional y con la sociedad en su conjunto. Lenin escribió que la economía constituía el segundo programa del partido; y he aquí los sindicatos polacos en condiciones de participar - por ahora sólo en el papel - en decisiones que, según Lenin, debían tomarse al interior del partido. Tampoco debemos considerar como una etapa más de la liberalización los casos - que se multiplican - de expulsión de los individuos más comprometidos con el aparato del partido. La sociedad no tiene la posibilidad de escoger a sus representantes, pero ella trata de legalizar espontáneamente una práctica gracias a la cual puede por lo menos controlar a los amos que le son impuestos.

Por otra parte - y esta es la razón principal que explica el carácter político del proceso en curso - si el poder observa los límites impuestos a su política ésta sufrirá profundas transformaciones. Dicho de otra manera: el progreso de la liberalización exige cambios muy profundos en los mecanismos del poder; exige su democratización.

La creación de sindicatos independientes ha traído como consecuencia, por ejemplo, una situación en la cual el sistema de planificación y de gestión tradicional no puede ya funcionar. Mantener la concertación actual del poder económico tendría como consecuencia que toda la energía social se concentraría en contra del poder. En resumen, se paralizaría todo el sistema. Se tendría un modelo de "lucha de clases", total, no limitado por los mecanismos anónimos y espontáneos del mercado, mecanismos que atenúan la responsabilidad, cosa imposible en un sistema fundado en el principio de centralización de las decisiones y del control: a los ojos de la sociedad, el poder es responsable de todo, se le tome al pie de la letra y se remite a su ideología bajo la forma de acusación.

Este conflicto no podía tampoco ser amortiguado por una importante clase media, dado que la soviétización conlleva una proletarianización general de la sociedad (todo o casi todo el mundo asalariado; todo o casi todo el mundo enfrenta al Estado empleador). Los campesinos que hoy organizaron Solidaridad rural prueban que el régimen "ha proletarianizado" incluso el espíritu de los pequeños propietarios.

Con el fin de disminuir el alcance de las reivindicaciones, se hace necesario crear las condiciones dentro de las cuales la sociedad sería responsable de la economía teniendo en cuenta el carácter agudo de los conflictos polacos, no es posible seguir el ejemplo yugoslavo y su autogestión manipulada. Para que la economía polaca sea capaz de vivir en las nuevas condiciones de los acuerdos creados en agosto pasado, es necesario que la autogestión de las unidades económicas se acompañe del dominio social sobre las decisiones centrales. La extensión de la planificación central constituye ante todo un problema político; sin embargo, sus consecuencias económicas son graves. El papel de la planificación será tanto más reducido y el del mercado tanto más grande cuanto que el control social de las decisiones macroeconómicas sea menor. En efecto, para que la economía funcione con un nivel de conflicto aceptable, hay que darle un papel activo a la sociedad bien sea por medio del mercado, bien a través de las instituciones democráticas. Vayamos hasta el absurdo: el mantenimiento del monopolio de las decisiones económicas a nivel central exige, para evitar la acumulación de los conflictos el abandono de la planificación central y la restauración - si no la creación - de una economía de libre mercado, es decir, de la eliminación de las decisiones macroeconómicas.

Tanto las restricciones radicales a la planificación central como la automatización de las empresas, y la toma de decisiones por negociación entre los representantes de intereses sociales y el poder, pueden provocar una situación en la cual la integra-

ción horizontal de los empleados reunidos de los sindicatos se debilitará con respecto a su integración en las empresas. El esfuerzo por aumentar la producción y elevar el nivel de vida, en estas nuevas condiciones, se haría sobre una base social más auténtica y duradera y esto disminuiría las presiones reivindicativas a favor del aumento de los salarios y la redistribución del ingreso nacional.

Las tensiones creadas por la formación de Solidaridad y de otras organizaciones independientes, así como por la limitación de la censura, deberían repercutir en la vida política **stricto sensu**. Algunas organizaciones heterogéneas (como el Partido Demócrata, el Partido Campesino PAX, etc.) deberían jugar sobre la escena política - una vez comenzado ya este proceso - un papel más real.

Pero los cambios esenciales, si el nuevo régimen es capaz de vivir, deberían intervenir en el partido. Hago conscientemente abstracción de la presión democrática actual (especialmente de aquellos que pertenecen a la vez a Solidaridad y al partido) cuyo papel, aunque todavía es difícil medirlo, podría hacerse inmenso. Quisiera llamar la atención sobre la necesidad de una adaptación del partido a las nuevas reglas de juego y a un sistema en plena evolución.

En las condiciones de una economía y de una administración radicalmente descentralizada y teniendo en cuenta la existencia de la representación independiente de los intereses sociales, hacer funcionar el partido según su antiguo modelo (es decir, en tanto que correa de transmisión del poder para movilizar a las masas) además de imposible de realizar no podría conducir más que a una manifestación permanente de la "naturaleza de clases" del sistema. Los miembros del partido estarían obligados a elegir - actualmente, de ambos lados se sugiere que esto no es necesario - entre su pertenencia al PC (representando los intereses de los propietarios de la "Polonia popular") y su pertenencia a Solidaridad. Es fácil prever que la tendencia manifiesta ya en el medio obrero a dejar el partido se aceleraría. El partido podría entonces reducirse en su esencia - lo que desde el punto de vista social es un peligro evidente - y transformarse realmente en la unión de los dirigentes de Polonia.

El fin o el regreso a tierra

Esto es, en suma, un desequilibrio en el proceso de desovietización de Polonia - desequilibrio que durante los últimos veinticinco años la había salvado de una seria confrontación con la URSS - lo que ha conducido a una profunda crisis económica, política y social. El verano 80 aportó la posibilidad de cambios esenciales en el sistema, al tiempo que llevaba al país a una zona de gran peligro. Hoy nos encontramos ante una oposición fundamental entre las aspiraciones de la sociedad polaca y los intereses imperiales de la Unión Soviética.

Nadie sabe cual será la lección de los soviéticos ante la evolución progresiva que tiene lugar en Polonia. Nadie sabe si es posible crear un sistema híbrido que con-

servaría lo que es necesario a la URSS al tiempo que permitiría satisfacer las aspiraciones y el sentido de la injusticia de los polacos. Cada día nos planteamos preguntas más simples porque ellas involucran el futuro: ¿Es que no va a haber una provocación que actúe de detonador?, ¿una radicalización por etapas a través de las confrontaciones?, ¿es que los acontecimientos no conducen a una solución trágica incluso y nadie la desea?

La hipótesis más optimista consiste quizás en que Polonia permanezca aún mucho tiempo en un estado de anarquía económica y social limitada. Es difícil excluir - y muchos hechos parecen confirmarlo que Moscú prefiera el estado de descomposición actual a una estabilización de condiciones que le serían inaceptables. Podemos suponer que el Kremlin nunca aprobará los cambios realizados en Polonia, los cuales son demasiado peligrosos para el futuro del imperio tanto en sus dimensiones físicas como espirituales. Sin embargo, el costo exorbitante de la intervención militar impide a los soviéticos resolver el problema polaco de la manera que para ellos sería la más natural y más simple.

Polonia debe probablemente prepararse para vivir un largo período de crisis, de equilibrio negativo, lo que se hace posible por el hecho de que los participantes en el conflicto consideran prohibitivo el costo de cualquier alternativa. La amenaza de una intervención soviética prohíbe a la sociedad polaca desembarazarse de un poder parásito; Moscú no puede permitirse destruir lo que no se destruiría sin declarar una gran guerra a la nación polaca.

La estrategia "ni guerra ni paz" adoptada por Moscú y acompañada de brutales y repetidas presiones, está destinada a agotar a la sociedad polaca - por la crisis y por una tensión permanente - y a reforzar la posición de los adeptos al orden a cualquier precio. Sin embargo, esta situación de equilibrio negativo puede igualmente jugar en favor de los polacos, a pesar de los sacrificios que hacen y que tendrán aún que hacer durante mucho tiempo. Poco a poco, el horizonte político, social y espiritual del país sufre una metamorfosis cada vez más profunda, irreversible.